

Los primeros procedimientos para la cultura del clavel se atribuyen á René de Aujou, ex-rey de Nápoles, que á principios del siglo XVI pasó á la Provenza, donde se consoló de la pérdida de su trono con el cultivo de las flores.

La señorita de Scudery, distinguida escritora francesa del tiempo de Luis XIV, visitaba una vez la fortaleza de Vincennes, y como entre otras cosas curiosas la enseñasen unos claveles que el gran Condé cultivaba con esmero durante los días de su prision en aquel encierro, una feliz inspiracion la hizo recitar los siguientes versos:

Al ver estos claveles, que un célebre guerrero
Plantó con una mano triunfante en las batallas,
Acuérdate que Apolo batia las murallas
Y no extrañes que sea Mavorte, jardinero.

Nuestro gran poeta lírico D. Francisco de Rioja, el famoso cantor de *Las ruinas de Itálica*, cantó también *Al Clavel* en la siguiente

SILVA.

A tí, clavel ardiente,
envidia de la llama y de la aurora,
miró al nacer más blandamente Flora;
color te dió excelente,
y del año las horas más suaves.

Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
rompe luciente sol las canas nieves,
con más ardiente rayo
tiendes igual las ojas abrasadas;
¿más quién sabe si á Flora el color debes
cuando debas las horas más templadas?

Amor, amor sin duda dulcemente
te bañó de su llama refulgente
y te dió el puro aliento soberano;
que eres, flor encendida,
pública admiracion de la belleza,
lustre y ornato á pura y blanca mano,
y ornato, lustre y vida
al más hermoso pelo
que corona nevada y tersa frente:
sola merced de amor, no de suprema
otra deidad alguna.

¡Oh flor de alta fortuna!
cuantas veces te miro
entre los admirables lazos de oro
por quien lloro y suspiro,
por quien suspiro y lloro,
en envidia y de amor junto me enciendo.

Si forman por la pura nieve y rosa,
diré mejor por el luciente cielo;
las dulces hebras amoroso vuelo,
quedas clavel, en cárcel amorosa
con gloria peregrina aprisionado.

Si al dulce labio llegas, que provoca
á súa ve deleite, al más helado,
luego que tu encendido seno toca
á su color sangriento,
vuelves ¡ay, oh dolor! más abrasado.

¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡oh, yo dichoso ha habérseme negado!

Hable más de tu olor y de tu fuego
aquel á quien envidias de favores
no alteran el sosiego.

M.

(Se continuará).

LOS MÚSICOS DE LA CIUDAD DE BREMA.

(Cuento infantil.)

Cierto labrador poseía un asno que le había servido mucho y con gran provecho durante largos años, pero al pobre animal iban agotándose las fuerzas de día en día, hasta el extremo de que ya era inútil para el trabajo. El ingrato dueño pensaba matarle para utilizar su piel; mas el borrico, que no era lerdo, conociendo la mala partida que se trataba de jugarle, se escapó bonitamente y tomó el camino de Brema.

—Allí, decía él, podré acaso ser músico de la ciudad.

Después de haber andado un buen trecho, encontró en el camino un perro de caza que jadeaba como si sintiera la fatiga de una larga carrera.

—¿Qué tienes, camarada, para jadear de esa suerte? le preguntó.

—¡Ah! respondió el perro, porque soy viejo y me debilito cada vez más, sin poder perseguir las liebres como en mis buenos tiempos, el amo ha dado en la gracia de darme una tanda de latigazos diariamente: yo, por evitar caricias tales, me he dado á huir por esos trigos de Dios. Lo malo que tiene este remedio es que no sé qué hacer para ganarme el pan.

—Escucha, dijo el asno; yo voy á Brema con el designio de hacerme músico de la ciudad. Vente conmigo y procura también que te admitan en la orquesta. Yo tocaré el piporro y tú los timbales.

El perro aceptó la propuesta y prosiguieron juntos el viaje. A poca distancia encontraron un gato acostado en la orilla del camino y haciendo una figura tan triste, como una lluvia de cinco días.

—¿Qué es lo que así te apesadumbra, Micifut vigotudo? le dijo el asno.

—Nadie goza de buen humor cuando vé su cabeza en peligro, contesta el gato: porque soy de edad avanzada y tengo los pocos dientes que me restan inservibles, de modo que me gusta más estar recostado junto al rescoldo, que correr detrás de los ratones: mi dueña ha pretendido nada menos que ahogarme; pero yo me he salvado á tiempo. Mas ahora ¿qué hago, á dónde me dirijo?

—Ven con nosotros á Brema: tú ejecutas á las mil maravillas la música nocturna y podrás, como nosotros, ajustarte en la música de la ciudad.

Agradóle al gato la idea y partió con ellos. Andando, andando, nuestros vagabundos pasaron poco después junto á un corral, sobre cuya puerta se gallardeaba un gallo dando á los vientos las notas agudas de su canto.

—Calla, desdichado, que nos taladras el timpano, le dijo el asno: ¿qué diablos te pasa para gritar de esa suerte?

—Anuncio el buen tiempo, respondió él, á pesar de que para mí se presenta bastante borrascoso; porque mañana domingo vá á celebrarse en esta granja una gran comilona, y según las órdenes que he oído transmitir á mi ama, me van á cortar el cuello para comerme en pepitoria; y como dicen que el que canta sus males espanta, me he propuesto desgañitarme en tanto que se acerca el momento fatal.

—No pienses en eso, cresta roja; vente con nosotros á Brema, donde, por mal que te vaya, siempre encontrarás algo mejor que la muerte: tienes una voz admirable y cuando todos nosotros cantemos unidos formaremos un conjunto maravilloso.

Agradóle al gallo la proposición y emprendió desde luego la marcha con sus tres compañeros. Como no les era posible llegar á Brema en el mismo día, hicieron una jornada corta, escogiendo para pasar la noche un bosque que divisaron no lejos del camino. El borrico y el perro se instalaron al pié de un gran roble; el gato y el gallo saltaron sobre las ramas y éste último para mayor seguridad dió un vuelo y se colocó en la parte más elevada del árbol. Antes de dormirse, y cediendo á sus instintos de vigilancia, paseó su mirada por los cuatro vientos, pareciéndole al fin que distinguía una luz á lo lejos. Creyó conveniente dar aviso á sus compañeros, y con efecto les gritó que debía haber una casa á poca distancia, porque se veía cierta claridad.

—Si es así, habló el borrico, soy de opinión que levantemos el campo y vayamos hácia allá, porque este albergue no es enteramente de mi gusto.

A lo cual añadió el perro:

—Muy bien dicho, porque el hambre me aflige y tal podría ser nuestra ventura que halláramos algo bueno que comer, aunque yo por mi parte con unos huesos y un mal mendrugo me contento.

Y sin que los demás dijeran, esta boca es mía, se dirigieron todos juntos al lugar donde la luz se divisaba. Viéronla bien pronto brillar más distinta é ir creciendo á proporción que se aproximaban, hasta que por fin arribaron frente á una casa que era una madriguera de ladrones. El asno como de mayor estatura se acercó á una gran ventana de donde procedía el resplandor y registró lo que había dentro.

—¿Qué es lo que ves ahí? le dijo el gallo.

—¿Qué es lo que veo? contestó el burro; una mesa bien provista de manjares y vinos, y alrededor unos bandoleros que van dando buena cuenta de todo, en pleno regocijo.

—Buen negocio se nos presenta, replicó el gallo.

—Ciertamente; ¡ah! si pudiésemos entrar:

Entonces se miran los cuatro, como preguntándose unos á otros qué medio encontrarían para ahuyentar á los ladrones; y en seguida poseídos todos de la misma idea, el asno planta sus dos patas delanteras sobre el antepecho de la ventana, el perro monta sobre los lomos del asno, el gato brinca sobre el perro, y el gallo alza su vuelo y vá á colocarse sobre la cabeza del gato. Hecho lo cual, á una señal dada, rompen los cuatro su música á un mismo tiempo. El borrico rebuzna, el perro ladra, el gato maulla, el gallo canta; y de pronto se precipitaron por la ventana con tal violencia que hicieron gran destrozo en el aposento. Los ladrones sorprendidos con tan extraño como espantoso ruido levantáronse con gran sobresalto, no dudando que una legión de fantasmas se les venía encima y huyeron despavoridos hácia el bosque. Entonces los cuatro compañeros se sentaron á la mesa, se apoderaron de las viandas y comieron como si hiciera un mes que no se hubiesen desayunado.

Así que los cuatro concertistas tuvieron la panza bien repleta, apagaron las luces y buscaron su rincón, donde acostarse cada uno según su natural costumbre y comodidad. El asno se acomodó sobre el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el fogón junto á la ceniza caliente, el gallo sobre una percha, y como se hallaban rendidos por la fatiga del viaje no tardaron en quedarse dormidos.

Allí, á la media noche, cuando los ladrones distinguieron á lo lejos que ya no había claridad en la casa y que todo parecía tranquilo en ella, dijo el capitán:

—Ahora que lo pienso mejor, me parece que hemos hecho muy mal en declararnos tan fácilmente en derrota.

En seguida dispuso que uno de los suyos fuese á reconocer el terreno, enterándose de lo que pasaba en el edificio.

El bandido explorador lo encontró todo en reposo: con lo que animado algún tanto, entró en la cocina y se dispuso á encender luz. Tomó, pues, una pajueta, — entonces no había fósforos; — y pareciéndole los ojos brillantes del gato dos carbones encendidos, acerca á ellos la pajueta para que se encendiera; pero como él no entendía de bromas, se le abalanzó al rostro de un brinco y le arañó á su sabor dando bufidos. Sobrecogido de un horrible miedo el hombre, corrió huyendo hácia la puerta; pero el perro que estaba allí se lanzó sobre él como un energúmeno y le atarazó con sus dientes una pierna. Siguiendo su fuga, ya todo atolondrado, atraviesa el corral junto al estercolero, mas el asno que se hallaba en aquella parte tan oportunamente colocado, le dispara una buena tanda de coces, en tanto que el gallo despertado por todo aquel estrépito, cantaba con valentía erguido en su percha; *Qui qui-ri qui!*

El ladrón corrió á todo correr donde su capitán le aguardaba, y dijo:

—Hay allí, en nuestra casa, una espantosa bruja que se ha arrojado sobre mí dando resoplidos, y me ha rasguñado toda la cara del modo más cruel con sus largos dedos de garruña. Delante de la puerta hay un demonio armado de un puñal, con el que me ha atravesado las piernas: en el corral se ha instalado un monstruo negro que me ha aporreado con una gran maza; y en la parte alta se ha colocado un juez, que gritaba: «Traedme á ese pícaro vergante.» Gracias, mi capitán, que he podido escapar con vida, y que me queda aun aliento para contarlo.

Desde entonces los ladrones no se atrevieron á presentarse en la casa encantada, donde los cuatro músicos de Brema se encontraron tan á su gusto, que no quisieron nunca abandonarla.

(De los hermanos Grimm.)

LA REINA DE LOS CAMPOS.

Toda es murmullos el aura,
todo luz en el espacio,
todo flores en la tierra,
todo cristal en los lagos;
no bien al rayar el día
en el oriente rosado
por las rociadas praderas
vá la *Reina de los campos*.
Vedla, olorosa guirnalda
de siempreviva y de nardo
ciñe sus negros cabellos.
Sus ojos son dos acianos
como los cielos azules,
como las estrellas claros.
Desnuda lleva la frente,
desnudo el moreno brazo,
desnudo el pié que acaricia
la blanca yerba del prado.
Solo oculta el blanco seno
entre el pañizuelo blanco,
para que el sol envidioso
no le manche con sus rayos.